

# EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION, CALLE DE VICTORIO, 53.—PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES.—NUMERO SUFLO, CINCO CENTIMOS

## EL CORSÉ PARISIEN

Esta acreditada casa cuenta con un variado y completo surtido en toda clase de corsés, desde el más económicos hasta el más lujoso.

Los modelos de esta casa todos proceden de París.

Se toman medidas á domicilio.

San Cristóbal 6, frente á la Administración de Correos.

## Carbones de José Muñoz

### É HIJO

PLAZA DE LAS CARRETAS.—MURCIA.

Nota de precios de los carbones que se expenden:

Carbón encina (Badajoz)	á	1.75	Pesetas arr
» olivera	á	1.50	»
» Mercedes	á	1.35	»
» Koc (carbonilla)	á	0.75	»
CARBON-FRAGUA (mineral)	á	2.25	» quintal
» » » al detal	á	2.50	»

Servicio á domicilio.

Se admiten encargos en la msobrерeria de don Joaquín Martínez, calle de la Platería, y en la barbería de los Sres. Ferrer y Gilaber, bajos del Hotel Patrón.

NOTA.—Ha dejado de prestar sus servicios en este establecimiento el dependiente Patrocinio, lo que se avisa al público.

## AL DIA

Desgraciadamente, y como se esperaba, ha dejado de existir el Sr. Barcelona.

Hondísima impresión de pena, dice el telegrama, ha producido en general la funesta del fallecimiento del pundonoroso periodista.

Muchísimo mas honda la experimentarán en sus corazones todos los que hayan tenido indirecta ó directa participacion en el fatal encuentro que ha ofrecido tan dolorosos resultados, por que si bien han cumplido con los deberes que les imponen las leyes del honor, en los "lances entre caballeros," que anatema tiza la Iglesia, quedasobre ellos el tristísimo recuerdo de haber tomado una parte activa en la desdichada contienda, que ha costado la vida á uno de sus más queridos amigos.

Hoy, frente al cadaver del Sr. Barcelona, todo son declamaciones de indignación en contra de aquel que le cupo la suerte de que la bala de su pistola hiciese blanco en las espaldas de su enemigo, sin pensar, que las fatales resultancias que se tocan, podrian evitarse con establecer unaley que inhabilitara de ejercer cargos públicos, á los que dirimen sus contiendas con las armas y á cuantos intervinieran en esos sangrientos lances.

Parece increíble, que en un país donde tanto se alardea de religiosidad, se haya contraído la fiebre duellista y que un día y otro leamos en la prensa de gran circulación, se ha concertado uno de estos lances, que por lo regular terminan con un acta peor ó mejor redactada y un opíparo banquete, donde los contendientes brindan por su salud y prosperidad. Pero llega desgraciadamente una ocasión, que como en la presente, tenemos que lamentar el fallecimiento de uno de los que llegaron al terreno, y entonces, hay que notar las frases ampulosas con que se condena el duelo, y la actitud que adoptan los que despues de ocasionado el daño; se creen en el deber de mostrarse indignados y de protestar, de un acto que en principio pudieran evitar, no ellos, sino las autoridades que vienen tolerando se den espectáculos tan sangrientos como el que nos ocupa y el del malogrado marqués de Píganah, de tristemísima recordación.

Recordamos que á raíz del encuentro del pundonoroso marqués y del capitán Paredes, se apuraron todos los más duros adjetivos en contra del vencedor, intervino la autoridad, y como ahora, se instituyó un proceso que dió por resultado, el que quizás ofrezca el que se instruye en el presente momento histórico.

El Parto de los Montes.

## LA CORRIDA BENEFICA

Ya está organizada y el cartel definitivo es el siguiente:

Se jugarán seis hermosos toros de las ganaderías de los Excmos. Sres Duque de Veragua, D. Eduardo Miura, D. Antonio Halcón y D. Félix Gómez.

Como eran tantos los matadores ofrecidos gratis para contribuir á la humanitaria obra iniciada por el Ayuntamiento, ha habido necesidad de sortear los que han de tomar parte, habiendo resultado favorecidos los cinco matadores siguientes: Antonio Moreno (Lagartijillo) Antonio de Dios (Conegito) José Moreno (Lagartijillo chico) Antonio Boto (Regaterín) y Manuel González (Rerre).

Se ha dejado un puesto sin sortear para dar cabida á nuestro paisano Bartolomé Gimenez Murcia, por la circunstancia de haber nacido en nuestra tierra.

Hoy se habre la taquilla. Las barreras se cotizan á 10 pesetas la primera fila, y á 8 la segunda; las sillas de rellano á 8 pesetas, las primera y quinta filas de grada á una peseta y la sobre puertas de la presidencia á 10 pesetas.

La entrada general tres pesetas netas y las medias á dos. NO HAY IMPUESTO.

### Los palcos

En cuanto á los palcos, no se venden; se REGALAN pr-évia donación "ad libitum" y el resultado del procedimiento no puede ser mejor, pues en las últimas veinticuatro horas se ha ingresado:

Del Sr. Marqués de Villamantilla de Perales, un buen donativo que efectivará seguramente antes de veinticuatro horas D. Diego Salmerón.

De la Sra. viuda de Zababuru, id. id. con cargo del señor Ugarte.

Del Sr. Conde de Almodóvar doscientas pesetas y devolución del palco para que lo vuelva á regalar en beneficio de los inundados!

Del diputado á Cortes Don Dionisio Alonso Martínez, que ya ha entregado á D. José Poveda, otras doscientas pesetas.

Viuda del Sr. Peñafiel, que no pudiendo asistir á la corrida por el riguroso y reciente luto que viste, ha dicho que se disponga de su palco y entregado cincuenta pesetas.

Debemos hacer constar que tanto Mirete como la Sra. Viuda de Mata, duenos de los encerraderos y cajones de Sevilla y Jetafe, ceden todos sus derechos en beneficio de los inundados, cobrando únicamente los operarios que intervienen en las operaciones anexas.

Con que, señores, á los toros, que no se diga, ya que es fama que aquí no hay afección, que no hay tampoco caridad; que la ida el domingo á la Plaza es algo así como acudir á una suscripción en la que por tres pesetas de donativo, dan en vez de recibo una entrada de toros; con que pedir más es gollería.

## LA JUSTICIA DE NAPOLEON

Al día siguiente de la batalla de Austerlitz, un ayudante de Napoleón penetró en la tienda imperial con una precipitación que demuestra en estos casos el anuncio de una noticia importante.

—¿Qué sucede?—pregunta el emperador, que en aquel momento acababa de tomar, según costumbre, su vasito de jobanisbey.

—Señor—respondió el oficial—uno de los soldados del 4.º de ligeros que mas se distinguieron ayer, ha matado á uno de sus jefes.

—¿No le han fusilado todavía?

—El Consejo espera conocer las decisiones de V. M. I.

—Pues no me conocen los generales que lo forman.

—Es que...

—Acabad.

—Señor; el soldado estaba completamente ebrio cuando cometió el crimen.

—Entonces—exclamó Napoleón despues de reflexionar un instante—entonces dejadlo dormir.

Napoleón volvió la espalda al mensajero de aquella noticia que resultaba trivial en aquellas circunstancias, y se ocupó de unos árduos é intrincados problemas; pero al día siguiente ya estaba en pié mucho antes del toque de diana.

—¡A ver, gritó á uno de sus ayudantes, que conduzcan á mi presencia al soldado que ayer mató á su jefe.

Un momento despues, en la explanada donde se erguía la

tienda del emperador, aparecieron dos soldados que daban guardia al criminal. Este llevaba el uniforme destrozado por efecto de la batalla. Detrás seguían en brillante grupo una multitud de oficiales.

El soldado quiso caer á los pies del emperador, que hizo un gesto, apenas perceptible, ordenándole que siguiera en pié.

—Dicen—exclamó con aquella calma profunda que era el síntoma mayor de su cólera—que ayer habéis dado muerte á vuestro alferéz.

El reo balbuceó algunas excusas.

—Dicen—prosiguió Bonaparte—que estabais ebrio.

—Así era, señor.

—¿De modo que no os pudisteis dar cuenta de vuestro acto?

—Oh, señor.

—¿De qué vino bebisteis?

—Del de seis sueldos.

—¿Y qué cantidad?

—Cuatro cuartillos.

Napoleón se volvió hacia uno de sus hombres.

—¡Hola!—dijo—que traigan cinco cuartillos de vino del de á seis sueldos.

Cuando volvieron con el líquido el emperador obligó al soldado á que apurase toda aquella cantidad de mosto y esperó á que surtiera efecto.

—¡Firme!—gritó luego; y el soldado se plantó y saludó militarmente.

—¡Dos pasos á la derecha!

El soldado, vacilando en el último grado de la borrachera, cumplió la orden.

El emperador miró entonces hacia una cortadura del terreno que empezaba un abismo terrible. Las tropas, formadas, seguían todos estos detalles con terrible ansiedad, porque creían de sobra el carácter del emperador. Desde el sitio en que se encontraba el beodo hasta la boca del precipicio había próximamente doce pasos.

—¡Doce pasos al frente!—gritó Napoleón con la voz más calmada que nunca.

El soldado empezó á andar, pero al llegar al precipicio se detuvo.

—Doce pasos he dicho!

—Señor—exclamó el soldado volviéndose—si doy un paso más, me despeño.

—¿De modo—pregur el emperador con ironía—

